

sobre el «análisis marxista»

carta a los provinciales de américa latina y para conocimiento de los superiores mayores

1. El año pasado me pidieron Uds. que los ayudara a profundizar en el problema del «análisis marxista», acerca del cual los Obispos de América Latina acababan de dar instrucciones importantes (Documento de Puebla, n. 544-545). Después de haber hecho una amplia consulta sobre el tema, respondo ahora a esa petición. Me propongo también enviar copia de esta carta a los demás Provinciales de la Compañía, porque a varios de ellos les podrá resultar igualmente útil.

2. No voy a referirme aquí a todo el problema de las relaciones entre marxismo y cristianismo, que es mucho más vasto y que ha sido tratado en numerosos documentos pontificios y de diversas Conferencias Episcopales. El asunto que se plantea ahora es más específico y limitado: ¿puede un cristiano, un jesuita, hacer suyo el «análisis marxista», distinguiéndolo de la filosofía o ideología marxista, y también de la praxis o al menos de su totalidad?

3. Ante esta pregunta, tengo que hacer notar, en primer lugar, que no todos dan el mismo sentido a las palabras «análisis marxista». Con frecuencia, pues, es menester pedir a la persona que las emplea una explicación sobre el significado preciso que les da. Por otra parte, en este problema existen aspectos sociológicos y filosóficos, que no entran directamente dentro de mi competencia como Superior General. Teniendo en cuenta, sin embargo, el modo como generalmente se plantea hoy la pregunta, creo conveniente dar algunas orientaciones e indicaciones, necesarias para el buen gobierno del cuerpo apostólico de la Compañía.

4. Soy consciente de que no todos los jesuitas verán reflejadas sus inquietudes en esta pregunta: ¿puede un cristiano hacer suyo el «análisis marxista»?; pero ciertamente la oye uno con frecuencia en las Provincias de Uds. Hay algunos –raras veces en América Latina, más frecuentemente en algunos países de Europa– que se encuentran sumergidos por su apostolado en un ambiente

de convicción y a veces aun de larga tradición marxista. Hay, por ejemplo, sacerdotes obreros que por inculcación y por solidaridad, sienten que no pueden menos de compartir puntos de vista que son comunes entre sus compañeros de trabajo. Sólo después de encontrarse en esa situación comienzan a hacer un discernimiento de fe, que consideran, por lo demás, muy importante. Notan también que el comportamiento concreto de los obreros marxistas está frecuentemente muy lejano del marxismo teórico, y ponen en guardia contra una sobrevaloración de los aspectos intelectuales del problema. Me parecen muy útiles esas observaciones. Sin embargo, es menester notar que, aun en un discernimiento de fe más intuitivo, los problemas llegan también a este nivel de reflexión en que deseo tratarlos ahora. Por tanto, las orientaciones que siguen tienen importancia también para esos casos.

5. En primer lugar, me parece que, en vista del análisis que hacemos de la sociedad, podemos aceptar un cierto número de puntos de vista metodológicos que surgen más o menos del análisis marxista, a condición que no les demos un carácter exclusivo. Por ejemplo, la atención a los factores económicos, a las estructuras de propiedad, a los intereses económicos que pueden mover a unos grupos o a otros; la sensibilidad a la explotación de que son víctimas clases sociales enteras; la atención al lugar que ocupan las luchas de clases en la historia (al menos de numerosas sociedades); la atención a las ideologías que pueden servir de disfraz a ciertos intereses y aun a injusticias.

6. Sin embargo, en la práctica, el adoptar el «análisis marxista» rara vez significa adoptar solamente un método o un «enfoque»; significa generalmente aceptar el contenido mismo de las explicaciones dadas por Marx acerca de la realidad social de su tiempo, aplicándolas a las de nuestro tiempo. Así pues, se impone aquí una primera observación: en materia de análisis social no debe haber ningún *a priori*; tienen cabida las hipótesis y las teorías, pero todo debe verificarse y nada se puede presuponer como definitivamente válido. Ahora bien, se da el caso de adoptar el análisis marxista o algunos de sus elementos como un *a priori* que no sería necesario verificar, sino cuando mucho ilustrar. Con frecuencia se los confunde abusivamente con la opción evangélica en favor de los pobres; siendo así que no se derivan directamente de ella. En este campo de la interpretación sociológica y económica tenemos que ser muy cuidadosos en verificar las cosas, y ejemplares en el esfuerzo de objetividad.

7. Llegamos ahora al núcleo de la cuestión: ¿se puede aceptar el conjunto de las explicaciones que constituyen el análisis social marxista, sin adherirse a la filosofía, a la ideología y a la política marxista? Consideremos algunos de los puntos más importantes a este respecto.

8. Un buen número de cristianos que simpatizan con el análisis marxista piensan que éste, aun cuando no implica ni el «materialismo dialéctico» ni, con mayor razón, el ateísmo, incluye sin embargo el «materialismo histórico». Más aún, según algunos se identifica con él. Todo lo social, pues, incluido lo político, lo cultural, lo religioso, y la conciencia se entienden como determinados por lo económico. Hay que confesar que los términos así empleados quedan, aun en el mismo marxismo, no bien definidos, y son susceptibles de diversas interpretaciones. Pero con mucha frecuencia el materialismo histórico se entiende en un sentido *reductor*: la política, la cultura, la religión pierden su propia consistencia, y no aparecen ya sino como realidades que dependen totalmente de lo que sucede en la esfera de las relaciones económicas. Y este modo de ver las cosas es perjudicial para la fe cristiana; al menos para el concepto cristiano del hombre y para la ética cristiana. Así pues, aunque es cierto que hemos de tener muy en cuenta los factores económicos en toda explicación de la realidad social, debemos evitar un análisis que suponga la idea de que lo económico, en ese sentido *reductor*, decide de todo lo demás.

9. El materialismo histórico lleva consigo, además, una crítica de la religión y del cristianismo, de la que generalmente no se libera el análisis marxista. Ahora bien, esa crítica puede abrirnos los ojos respecto a los casos en que se abusa de la religión para encubrir situaciones sociales indefendibles. Pero, si raciocinamos como si todo dependiese finalmente de las relaciones de producción, como si ésta fuese de hecho la realidad fundamental y determinante, el contenido de la religión y del cristianismo muy pronto se relativiza y se reduce. La fe en Dios creador y en Jesucristo salvador se debilita, o al menos aparece como algo poco útil. El sentido de lo gratuito se desvanece ante el sentido de lo útil. La esperanza cristiana tiende a convertirse en algo irreal.

10. A veces se pretende distinguir la misma fe en Jesucristo, que se quiere salvar, de sus diversas aplicaciones doctrinales y sociales, que no resisten a los ataques de esa crítica. Pero existe entonces el peligro de una crítica radical contra la Iglesia, que va mucho más allá de la sana *corrección fraterna* en la «Ecclesia semper reformanda». Se tenderá incluso, algunas veces, a juzgarla como desde fuera, y aun a no reconocerla ya en realidad como el lugar de la propia fe. Así, no es raro que la adopción del análisis marxista conduzca a juicios extremadamente severos, y aun injustos, con respecto a la Iglesia.

11. Aun en los casos en que el análisis social marxista no es entendido como algo que implica el materialismo histórico en sentido pleno supone él siempre como elemento esencial una teoría radical del conflicto y de la lucha de clases. Se puede incluso decir que es un análisis social en términos de lucha de clases. Ahora bien, aun cuando tenemos que reconocer la existencia de antagonismos y de luchas de clases con entero realismo —el cristiano descubre una cierta

relación entre este mal y el pecado—, sin embargo hay que evitar una generalización indebida. De ningún modo se ha demostrado que toda la historia humana, pasada y presente, pueda reducirse a la lucha, y todavía menos a luchas de clases en el sentido estricto de la palabra. La realidad social no se comprende sólo por medio de la dialéctica del amo y del esclavo; sino que ha habido y hay todavía muchos otros impulsos en la historia humana (de alianza, de paz, de amor); hay otras fuerzas profundas que la inspiran.

12. Este es además, un punto en que el análisis marxista frecuentemente no se queda en un simple análisis, sino que se extiende a un programa de acción y a una estrategia. El reconocer que existe la lucha de clases no implica lógicamente que el único modo de acabar con ella sea utilizar la lucha misma, la de la clase obrera contra la clase burguesa. Sin embargo, es raro que los que adoptan el análisis marxista no se adhieran también a esa estrategia. Y ella no se comprende bien sin el mesianismo proletario que forma parte de la ideología de Marx, y que formaba ya parte de la filosofía que él había ideado aun antes de dedicarse a sus análisis económicos sistemáticos. Por otra parte, aun cuando el cristianismo reconoce la legitimidad de ciertas luchas, y no excluye la revolución en situaciones extremas de tiranía que no tienen otro remedio¹, no puede admitir que el modo privilegiado de acabar con las luchas sea la lucha misma. Más bien el cristianismo tratará siempre de dar prioridad a otros medios para la transformación de la sociedad: recurriendo a la persuasión, al testimonio, a la reconciliación; no perdiendo nunca la esperanza de la conversión; apelando sólo en último término a la lucha propiamente tal, sobre todo si implica violencia, para defenderse contra la injusticia. Se trata aquí de toda una filosofía —y, para nosotros, de una teología— de la acción.

13. En suma, aunque el análisis marxista no incluye directamente la adhesión a la filosofía marxista en todo su conjunto —y menos todavía al «materialismo dialéctico» en cuanto tal—, sin embargo, tal como se lo entiende de ordinario, implica de hecho un concepto de la historia humana que no concuerda con la visión cristiana del hombre y de la sociedad, y desemboca en estrategias que ponen en peligro los valores y las actitudes cristianas. Esto ha producido con frecuencia consecuencias muy negativas; aunque no siempre o, al menos, no siempre inmediatamente. El aspecto de la moral es particularmente importante en esta materia: algunos cristianos que han intentado seguir durante un tiempo el análisis y la práctica marxista, han confesado que esto les indujo a aceptar fácilmente cualquier medio para llegar a sus fines. De modo que se corrobora por los hechos lo que escribía Pablo VI en la Octogésima Adveniens (n. 34): «Sería ilusorio y peligroso... aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología». Separar el uno de la otra es más difícil de lo que a veces se supone.

(1) Cfr. *Populorum Progressio*, n. 31 (A.A.S. LXIX, 1967, p. 272).

14. En este contexto, los Obispos de América Latina, reunidos en Puebla, han hecho notar que una reflexión teológica que se hace partiendo de una praxis apoyada en el análisis marxista corre el riesgo de desembocar en «la total politización de la existencia cristiana», en «la disolución del lenguaje de la fe en el de las ciencias sociales» y en «el vaciamiento de la dimensión trascendental de la salvación cristiana» (Puebla, n. 545). Este triple riesgo puede en verdad aparecer en la línea de las observaciones que acabo de hacer.

15. Por eso, pues, la adopción no sólo de algunos elementos o de algunos enfoques metodológicos, sino del análisis marxista en su conjunto, no es algo aceptable para nosotros. Aun cuando queramos suponer que alguna persona, haciendo uso de un instrumental muy preciso de distinciones, pueda ser estrictamente capaz de hablar de análisis marxista, sin aceptar el materialismo histórico reduccionista ni la teoría y la estrategia de la lucha de clases generalizada —¿sería eso todavía un análisis marxista?—, la mayor parte de los hombres, incluyendo a la mayoría de los jesuitas, no es capaz de hacerlo. Así pues, existe un peligro práctico real en difundir la idea de que se puede fácilmente retener el análisis marxista, como algo distinto de la filosofía, de la ideología y de la praxis política. Tanto más que, fuera de algunas pocas excepciones, los marxistas propiamente dichos rechazan la separación entre el análisis, por una parte, y la visión del mundo o los principios de acción marxistas, por la otra. Tenemos la responsabilidad de hacer este discernimiento práctico, lo mismo que el discernimiento teórico. Y es menester también que demos a los jóvenes jesuitas en formación los instrumentos de estudio crítico y de reflexión cristiana necesarios para que perciban bien las dificultades del análisis marxista. Ciertamente no se puede presentar este análisis como el mejor medio de acercamiento a la realidad en nuestra formación.

16. Deseo mencionar, además, un problema sobre el que me gustaría que nuestros especialistas hicieran estudios más profundos. Me refiero al problema de las estructuras de propiedad, sobre todo en lo que concierne a los medios de producción; problema que está en el corazón de tantos aspectos del análisis marxista. No hay duda de que una mala distribución de la propiedad, no compensada por otros factores, lleva consigo o facilita la explotación descrita por Marx y denunciada también por la Iglesia. No obstante eso, ¿no se confunde con frecuencia la institución misma de la propiedad con su mala distribución? Es importante seguir estudiando, con ayuda de la experiencia, qué tipo de distribución de los derechos de propiedad, así como de otros tipos de poder (político, sindical...) permitiría lograr una mayor justicia y una mayor plenitud de las personas en las diversas sociedades. Lejos de ignorar los aportes de la enseñanza social de la Iglesia en este campo concreto, debemos de estudiarlos a fondo, precisar sus exigencias y contribuir a su avance.

17. Haré finalmente cuatro indicaciones a manera de conclusión. En primer lugar, no obstante las reservas que hay que hacer respecto al análisis marxista, debemos reconocer y tratar de comprender las razones de la atracción que ejerce sobre tantas personas. Los cristianos son fácil y justamente sensibles al proyecto de liberar a los hombres de las dominaciones y opresiones a que están sometidos, a la promesa de hacer la verdad denunciando las ideologías que la ocultan, a la propuesta de suprimir las divisiones sociales. No dejemos que se crea que eso puede lograrse con medios demasiado simplistas o incluso contrarios al fin que se pretende; pero tampoco desanimemos a nadie en la búsqueda perseverante de esas metas, que tienen una afinidad directa con la caridad, que es lo que define el proyecto cristiano. Hemos de ser también comprensivos con el hombre que sufre en carne propia injusticias sociales indignantes.

18. En segundo lugar, debe quedar bien claro que el análisis marxista no es el único que está ordinariamente mezclado con presupuestos ideológicos o filosóficos, introducidos subrepticemente. En particular, los análisis sociales que se practican habitualmente en el mundo liberal implican una visión individualista y materialista del mundo, que es también opuesta a los valores y actitudes cristianas. En este sentido, ¿damos suficiente atención a los libros de texto que se usan, por ejemplo, en nuestros colegios? Cuando empleamos elementos de análisis social, sea cual sea su origen, debemos siempre criticarlos y purificarlos, si queremos permanecer fieles al Evangelio, para luego escoger los que verdaderamente ayuden a comprender y describir sin prejuicios la realidad. Nuestro esfuerzo debe ser guiado por los criterios del Evangelio, no por ideologías incompatibles con él.

19. En tercer lugar, respecto a los marxistas, debemos mantenernos siempre dispuestos al diálogo. Por otra parte, conforme al espíritu de la *Gaudium et Spes* (n. 21 § 6) tampoco debemos rehusar colaboraciones concretas bien definidas, que puede requerir el bien común². Pero tengamos siempre en cuenta nuestro papel propio de sacerdotes y religiosos, y no actuemos nunca como francotiradores con respecto a la comunidad cristiana y a los que en ella tienen la última responsabilidad pastoral; tratemos de asegurarnos de que cualquier colaboración nuestra se dirija íntegramente a actividades aceptables para un cristiano. En todo ello tenemos el deber de conservar siempre nuestra propia identidad; pues, por el hecho de aceptar algunos puntos de vista que son válidos, no podemos dejarnos arrastrar a la aprobación del análisis en su conjunto, sino que hemos de ser en todo consecuentes con nuestra fe y con los principios de acción que ella supone. Procedamos, además, de suerte que hagamos ver concretamente que el cristianismo es un mensaje que aporta a los hombres una riqueza muy superior a la de cualquier concepto del análisis marxista, por útil que sea.

(2) Cfr. *Mater et Magistra*, IV (A.A.S. LIII, 1961, pp. 456-457).

20. Finalmente, debemos también oponernos con firmeza a los intentos de quienes quisieran aprovechar las reservas que tenemos frente al análisis marxista, para estimar menos o aun condenar como «marxismo» o «comunismo» el compromiso por la justicia y por la causa de los pobres, la defensa que los explotados hacen de sus propios derechos, las justas reivindicaciones. ¿No hemos notado con frecuencia formas de anticomunismo que no son sino medios para encubrir la injusticia? También respecto a esto conservemos nuestra identidad y no permitamos que se abuse de la crítica que hacemos al marxismo y al análisis marxista.

21. Pido a todos un comportamiento de limpidez, de claridad y de fidelidad. Les pido que se empeñen con todas sus fuerzas, en el marco de nuestra vocación, en favor de los pobres y en contra de las injusticias; pero sin permitir que la indignación oscurezca su visión de fe, y conservando siempre, aun en medio de los conflictos, un corazón cristiano, una actitud de caridad y no de dureza.

22. En conclusión, soy consciente de que en el futuro la situación del análisis marxista podrá modificarse en uno u otro punto³. Además, en diversos aspectos que he tocado, hay aún lugar para ulteriores estudios teóricos e investigaciones empíricas. Pero en el momento actual pido que todos observen las indicaciones y directivas que contiene esta carta, y espero que ella les permita a Uds. y a los demás superiores ayudar mejor a los jesuitas que por su ministerio están más en contacto con hombres y mujeres de convicción marxista, incluyendo también a aquéllos que se proclaman «cristianos-marxistas». Espero igualmente que mi carta les permitirá ayudar a todos los jesuitas que, teniendo necesidad de analizar la sociedad, no pueden menos de enfrentarse con el problema del análisis marxista. Así podremos trabajar mejor en la promoción de la justicia que debe acompañar todo nuestro servicio de la fe.

Muy fraternalmente en Nuestro Señor,

Pedro Arrupe, S. I.

Roma 8 de diciembre de 1980

(3) Cfr. *Pacem in Terris*, V (A.A.S. LV, 1963, pp. 299-300).